

EL PRIVILEGIO DE COMPARTIR CON PAULO*

Carlos Núñez**

Francisco Gutiérrez, connotado comunicador y educador, organizó en 1977 un seminario en San José de Costa Rica, para compartir con Paulo Freire y otros invitados, la propuesta y la práctica de su *Metodología del Lenguaje total*. Raúl Leis de Panamá y yo participamos del privilegio de compartir esa inolvidable experiencia, que nos permitió conocer personalmente a Paulo, tanto en Foros Académicos en la universidad, como en reuniones de intensa discusión con el equipo de Francisco, así como en largas informales y muy humanas conversaciones, mientras viajábamos por las entonces polvorientas carreteras de Talamanca en la Costa Atlántica de Costa Rica.

Nacho Santos, mexicano radicado en ese entonces en aquel bello país, colaboraba con el equipo que aplicaba *el lenguaje total* en aquella apartada región. Conducía el carro, mostrándonos las comunidades triétnicas, el hermosísimo paisaje y explicándonos los primeros estragos que en la vida, la cultura y la economía de los habitantes de la zona y en la ecología de aquella región, causaba la invasión creciente de las compañías de explotación turística.

Tuvimos la oportunidad de conocer a Paulo en *mangas de camisa*, recordando vivencias, como cuando Paulo estuvo a punto de ahogarse en alguna playa de Brasil. El tema de la vida y la muerte y el del tránsito de un estado a otro, nos hicieron filosofar un buen rato sobre el sentido de la vida, el compromiso y la trascendencia mientras saboreábamos algunas frutas aderezadas con el polvo de aquellos apartados caminos vecinales.

En toda esa inolvidable experiencia fuimos conociendo al profundo, auténtico, tierno y comprometido ser humano que envolvía y cobijaba al intelectual y pedagogo de los oprimidos que a tantos nos había hecho abrir los ojos, la mente

* Prólogo inédito al libro de Paulo Freire *Pedagogía de la esperanza*.

** Socio fundador del Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario, presidente del Consejo de Educación para Adultos de América Latina.

y el corazón, mirando de nuevas maneras a los más desprotegidos, a los explotados de siempre.

Paulo Freire es, para mí, fundamentalmente, el ser más humano que he conocido, y por ello quiero hablar, tanto de él, como de su obra.

Su obra había llegado a México a finales de los años sesenta, causando un gran impacto en un país que despertaba -aunque a decir verdad, nunca estuvo dormido- de una especie de letargo prolongado, en el que la *estabilidad, la paz social y el desarrollo del partido-gobierno*, habían quedado seriamente cuestionados por la crisis del 68.

En ese México agitado y fértil por la sangre del dos de octubre en Tlatelolco, las propuestas de Paulo Freire germinaron de inmediato en muchísimos estudiantes, profesores, intelectuales, religiosos y religiosas, miembros de diversas ONG y de movimientos sociales, que encontrábamos en sus sugerentes propuesta políticas teóricas y pedagógicas, un camino que animaba a muchos a ponerse en marcha, y a otros nos ayudaba a precisar el rumbo ya emprendido, al tratar de abrir camino en un espacio político monolítico, cerrado y autoritario.

La cerrazón del sistema, el corporativismo asfixiante y la falta de expresiones políticas legales -hay que recordar que la reforma política en México vino casi 10 años después- hicieron que miles de conciencias intranquilas, concientizadas por Paulo Freire, dieran pie al desarrollo de una creciente, vigorosa y militante corriente de educación popular, que hoy rinde frutos muy importantes en el contexto político mexicano.

Pero algo similar ocurrió en todo el Continente, aunque el efecto y la adopción de sus propuestas no podía ser ajena a cada contexto particular, a cada situación política determinada, por lo que las particularidades de ello son obvias y -de alguna manera- el mismo Paulo lo habla en el libro *Pedagogía de la esperanza* donde, no sólo nos ofrece ideas sugerentes y compromisos renovados, sino que nos hace conocer y sentir al hombre que sustenta esas ideas y esos compromisos, así como los contextos y circunstancias de sus búsquedas.

Es un libro en el que nos cuenta Paulo, anecdóticamente y testimonialmente, cómo fue desarrollándose su vida y su compromiso, siempre vital, fresco, en búsqueda de la coherencia. Se nos presenta él mismo con sus dudas, angustias, aprendizajes, hallazgos y legítimas reivindicaciones ante una serie de detractores —principalmente de la vieja izquierda— que lo cuestionaban por no ser radicalmente revolucionario. Hoy, Pablo con razón, les imputa su crítica de entonces con su mismo compromiso y definición fundamental de siempre, mientras muchos de aquéllos hoy día se han convertido en defensores y promotores del más rampante neo-liberalismo.

Y es que la búsqueda de la coherencia quizá sea el principal valor, la principal virtud del Pablo que conocimos por aquéllos lejanos años sesenta y setenta, y que se sigue manifestando plenamente en la *Pedagogía de la esperanza*. Ésa es la razón por la que, viviendo con plena conciencia los tiempos actuales, no repite un discurso gastado, sino que rescata y reafirma sus convicciones y definiciones sustantivas de entonces, justamente haciéndolas valer en los tiempos actuales de tantas confusiones, de tantas derrotas y hasta claudicaciones.

En aquella ocasión en Costa Rica fuimos testigos de algunos episodios que me gustaría referir (ya que Paulo no los menciona) que —también anecdóticamente, siguiendo en el tono del libro— dan cuenta de lo que afirmo.

Una de estas vivencias se desarrolló en un lejano poblado en la frontera con Panamá, de la siguiente manera:

La comunidad se llamaba Cheis (según lo pronunciaban); creímos que era un vocablo indígena, hasta que nos aclararon que el nombre lo había tomado la comunidad del apellido del dueño de la bananera que controlaba toda la región, un gringo llamado *Mr. Cheis*.

Volviendo al cuento. En esa reunión, Freire estaba muy callado. Todos esperábamos que él estuviera hablando. Cuando se terminó la reunión, creo recordar que alguien le preguntó por qué estaba tan callado, por qué no estaba participando. Entonces él dijo: “estoy en un profundo silencio activo”. Luego explicó el sentido de su respuesta: Cuando él estaba en Guinea haciendo un trabajo con los campesinos, en un taller cuyo tema era la salud, había un viejito que nunca había hablado y de pronto dijo: “salud es liberación, porque la salud se asocia con la liberación del hombre, etcétera”. Hizo entonces una larga y muy clara exposición analítica de todo lo que se había venido tratando durante esas semanas. Alguien del grupo le dijo: “oiga, pero usted no había hablado, pensábamos que era mudo, en todas las dinámicas no hizo ruido, no participaba para nada”. El contestó: “no, yo estaba en silencio, en un silencio activo”.¹

Refiriéndonos esta anécdota suya, Paulo Freire nos dio su punto de vista respecto a la participación y su significado. Cómo hay momentos en que uno debe interiorizar, en silencio activo, y por tanto, ni el grupo ni los coordinadores deben presionar a los participantes a tener el mismo nivel de participación en todo momento.

Esa mañana entendimos claramente lo que significaba el concepto de la participación, componente esencial de la pedagogía actual. Y no lo comprendimos escuchando a Paulo disertar sobre él, sino siendo profundamente coherentes con la lógica y el sentido de la participación popular. Freire había sido llevado hasta lo profundo de la montaña Costarricense —frontera precisa con Panamá— y habiendo a su vez aprendido del anciano del África lejana, nos dio coherentemente, una lección sobre participación.

En el viaje de regreso a Puerto Limón, unos compañeros pescadores nos invitaron a comer bajo una palapa a las orillas del mar Caribe, era ya al atardecer y los pescadores nos obsequiaron con una deliciosa langosta hervida. Paulo en aquél maravilloso ambiente, se atrevió a pedir yuca con leche, complementos de recordados momentos de su infancia *nunca más, por tantos años*, revividos. Ahí entre los colores maravillosos del Caribe, los recuerdos y sabores recuperados y sobre todo, entre aquel grupo humano tan unido -a pesar de no habernos conocido antes- dialogamos con Paulo sobre el sentido profundo de la palabra del pueblo, de su ritmo, su visión, su sabiduría, su palabra pronunciada y de aquella guardada, siempre fértil y certera, cuando se dispara oportunamente: ni antes ni después.

Paulo trabajaba intensamente por aquellos tiempos en Guinea Bassau y entusiasmado platicaba, aquí y allá junto a un café, en un receso de las jornadas con la universidad o en medio de una comida, de sus aprendizajes con el pueblo africano. *Leímos* así, de sus labios y de su entusiasmo sin disimulo, las cartas a Guinea Bassau que cargaba siempre en su versión mecanográfica y que lo mostraba y señalaba a cada momento, como queriendo convencernos y convencerse él mismo, que eso que decía y tanto le entusiasmaba, era cierto, tan cierto que él mismo se había atrevido a dar cuenta de ello poniéndolo por escrito en aquellas páginas que acariciaba con amor, al mismo tiempo que nos los leía de memoria, sin abrirlas siquiera, porque eran ya parte segura de su praxis, de la única verdad que vale la pena tenerla por verdad, porque es viva, es propia, es personal, pero también, es viva porque es de muchos, porque es de todos y a todos quiere servir; porque, por ser viva, se mueve, cambia, avanza y retrocede, pero no muere ni claudica.

Así es la verdad del Paulo que conozco, así lo leo con pasión y entusiasmo, cuando en medio de la debacle, de las flaquezas y traiciones, nos hace recorrer su propia vida, dando cuenta en ello del constante aprendizaje que su propia práctica comprometida le ha dado, y que él, tan impactante, ofreció y ofrece al mundo entero.

Por todo ello puede con autoridad moral reiterar su crítica certera al autoritarismo aniquilador, de cualquier época; tanto del aparentemente triunfante liberalismo, como de los vacíos y contradictorios procesos de los socialismos reales de la Europa Oriental.

Critica con certeras afirmaciones a quienes, desde la más rígida ortodoxia de izquierda, lo calificaron de reformista, pedagogo y retrasador de las luchas revolucionarias del Continente. Sigue pronunciando una palabra fuerte y clara contra los opresores y a favor de los oprimidos, aunque hoy adquieran nuevas personalidades y estrenen conceptos. Al redefinirlos históricamente, no hace sino reafirmar la vieja contradicción entre las clases antagónicas según su expresión de hoy, de los años noventa, en el mundo de los años noventa, pero con las injusticias de los sesenta y de siempre, al afirmar que la lucha de clases no es el motor de la historia, pero ciertamente es uno de ellos. Por eso insiste en el rigor del uso del lenguaje, por eso reafirma que el tema de los contenidos no puede ser ajeno al de los objetivos que se persiguen, ni mucho menos, al cómo se trabajan esos contenidos.

El acto de educar y educarse, sigue siendo en estricto sentido, un acto político y no sólo pedagógico.

Por ello también, al reconocer el fracaso del socialismo real, afirma optimista que es justamente la *oportunidad de continuar soñando y luchando por el sueño socialista, depurándose de sus distorsiones autoritarias, totalitarias, su ceguera dogmática.*

No se maneja con eufemismos. Reafirma su vocación SOCIALISTA (así, con mayúsculas) como ese modelo humanizante y libertador por el que siempre ha soñado, pensado, propuesto, pero, sobre todo, luchado coherentemente.

En aquel referido *Encuentro en San José*, una noche, la última, tuvimos una pequeña fiesta de celebración y despedida. Éramos apenas unos cuantos. Inevitablemente, poco a poco, sin perder el gusto y el ánimo de celebración

festiva, la conversación volvió a ser la protagonista de la fiesta y las ideas, el alimento de la misma.

Hablábamos del tema de la seguridad personal, de las amenazas siempre presentes por parte de los enemigos de toda causa justa en cualquier lugar del mundo. En la reunión había varios que explícitamente se entendían y actuaban desde una perspectiva y un compromiso religioso y quienes se empeñaban en entender la *Pedagogía del Oprimido* desde una perspectiva más propiamente pedagógica -que dio origen a aquella tendencia psico-social del pensamiento freirano que obligó al propio Paulo a autocriticarse, por lo que, aun sin pretenderlo, había provocado con algunas de sus afirmaciones ligadas al tema de la concientización, y los que la entendíamos también, en su dimensión política.

La conversación fue rica y de gran impacto para todos. Cuando terminó la fiesta, en el camino, me resultó imposible no hacer algún comentario al respecto, como queriendo todavía aprovechar aquellos minutos para saborear el postre de aquella sesión. “Es muy claro -me dijo- los compañeros mantienen todavía una posición muy ingenua, que siendo honesta y comprometida, manifiesta su posición religiosa de influencia metafísica, y por eso tratan de interpretarme a mí como un pedagogo; mas yo te digo a ti, que yo soy sustantivamente político y sólo adjetivamente pedagogo.”

Estas últimas palabras sí fueron exactamente dichas así, porque nunca se me pudieron olvidar. Me marcaron para toda mi vida, y cuando las leí en otros trabajos, siempre evoqué esa noche inolvidable en la que Paulo se definió. Lo hizo también en el momento que -según nos cuenta- abandonó su trabajo de abogado que lo llevaba a entrar en contradicción con sus principios y valores. Se definió de palabra y obra cuando, coherentemente con su propuesta, fue escribiendo como quien teje poco a poco, con paciencia de artesano, su vida y su aprendizaje compartido con Elza y otros muchos compañeros y compañeras, su *Pedagogía del oprimido*, que por ser de él, como él es, ha acabado siendo nuestra.

Se definió en el Brasil de los años sesenta, que lo hizo definirse involuntariamente, por el exilio que tanto sufrió, pero que tanto le ayudó a vivir y sentir con realismo total, la tristeza y la saudade. Exilio que lo ayudó a vivir otras realidades, otras luchas, otros pueblos, otras afrentas y atropellos; otros colores, razas e inteligencias. Otros liderazgos y sabidurías, de tantas gentes, en tantos contextos, que lo volvió todavía más universal, más de todos.

A poco más de 20 años, Paulo rescribe ese compromiso ético e histórico, sin variar en lo esencial, pero enriquecido con su aprendizaje en su larga y fecunda experiencia con los campesinos de Jamaica o de Chile o de África, al igual que con los migrantes españoles en Suiza o con sus debates en Estados Unidos o Australia.

Es la praxis, la escuela de este buscador incansable de la coherencia y de la tolerancia, que él mismo define: “la virtud revolucionaria que consiste en la convivencia con los diferentes, para que se pueda luchar mejor contra los antagónicos”. Hermosa forma de reafirmar su compromiso sin claudicar de sus posiciones políticas, y sin tratar de imponerlas a nadie. Coherencia parece ser la palabra clave que le lleva a transitar este difícil camino de búsquedas, hallazgos, dudas, exilios, saudades, golpes de Estado impensables, quiebres históricos y derrumbes de muros, claudicaciones, reafirmaciones heroicas y poder decirnos

con fuerza, casi gritarnos, que existe la esperanza, que los sueños existen, que no han muerto las utopías, por las que paradójicamente tantos han tenido que morir.

Así lo reafirmaba vehemente en su casa en Sao Paulo en mayo de 1992, cuando me solicitó que escribiera estas líneas que son un compromiso y un orgullo para mí.

Quizá el testimonio más elocuente de esa búsqueda de coherencia lo vivimos también en aquella ocasión en San José. Dentro del cargado programa de seminarios, conversatorios, visitas de campo, etcétera, que había sido programada una conferencia magisterial en el Teatro Colón.

Cuando Raúl y yo llegamos al Teatro, las puertas habían sido cerradas pues estaba a reventar a pesar de que todavía faltaba bastante tiempo para la hora programada. No sin dificultad logramos identificarnos como parte del grupo invitado y pudimos al fin ocupar los asientos reservados en la primera fila de la luneta. El acto por fin empezó y caímos en la cuenta de que se aprovechaba la figura de Paulo Freire para revestir un acto oficial, conmemorativo de Dirección Nacional de Desarrollo Comunitario (DINADECO). En la mesa de honor, funcionarios, ministros, el propio presidente de la república y Paulo Freire, acompañado de los organizadores de los eventos que habían hecho posible su visita a Costa Rica. Hablaron los ministros y funcionarios alabando sin pudor su propia institución y trabajo, mientras el público interpelaba a gritos lo que consideraban mentiras y repudiaban así el montaje tan bien preparado para un acto más propagandístico que legitimador.

Llegado el momento, el animador presentó ¡por fin! a Paulo Freire, quien muy suavemente dijo—palabras más, palabras menos— que cuando recibió la invitación para ir a Costa Rica, había aceptado, pero poniendo ciertas condiciones, como moverse libremente, no tener cortapisas para hablar con nadie y cosas por el estilo; todas -dijo— han sido respetadas, pero no una, la más importante: no convertirse en un mito:

Puse como condición no dar ninguna conferencia de este tipo y esto no ha sido cumplido. Yo quiero ser coherente y quiero ser un hombre de diálogo; por tanto, invito a todos los presentes a que dialoguemos, porque yo no soy un mito y lucho contra mi propio mito.

Hubo un desconcierto absoluto, y del silencio eterno empezaron a surgir algunos rumores; poco después, algunas preguntas llegaron por escrito a la mesa. Alguna de las primeras, muy provocadora, le preguntaba -mejor dicho, le reclamaba- que cómo era posible que él, siendo el pedagogo de los oprimidos, se prestara a ser invitado por un gobierno opresor, etcétera. El clásico discurso radical de aquellos años, en pleno teatro y delante del presidente.

Éstas y otras muy pocas preguntas contestó Paulo Freire mientras el presidente se retiraba, disculpándose de ello por tener compromisos ineludibles. Pero no sólo él se retiraba. El público entero, primero poco a poco y después masivamente, manifestando explícitamente su descontento, mientras Freire continuaba dando su opinión sobre los pocos temas planteados.

Muy pronto, el teatro quedó completamente vacío, y en la mesa de honor, sólo Paulo y algunos de los organizadores, Raúl y yo, sentados en primera fila, no

podíamos asimilar lo que estaba pasando. El mismo público juvenil y entusiasta, minutos antes, dejaba al mito hablando solo.

Cuando terminó de comentar la última pregunta, Paulo dijo: "Éste ha sido mi segundo gran fracaso monumental; el primero, muy similar, me sucedió en alguna universidad de los Estados Unidos no hace mucho. Pero aunque esto sea muy duro, estoy contento, porque he sido coherente. He logrado ser coherente con lo que digo y con lo que pienso. He vencido mi propio mito y estoy contento por ello". Se levantó lentamente y bajó hacia la luneta, encandilado por las luces que lo enceguecían y le impedían ver a sus ya ausentes interlocutores; sorprendido, triste, golpeado pero orgulloso, nos descubrió ahí, parados, fuertemente impactados, nerviosos y muy emocionados. Al vernos ahí de pie, solos, se encaminó a nosotros, y al encontrarnos, nos abrazó a los dos en un profundo silencio que decía todo, sin tener nadie que decir nada. Permanecimos así no sé cuánto ¿un minuto?, ¿dos? No lo sé, me pareció largo, íntimo y muy emotivo el tiempo que me hizo conocer y entender el valor humano profundo y el alma sensible y fraterna, que en aquel abrazo, me enseñó más que cualquier tratado.

El había luchado contra su propio mito y lo había derrotado. Pero ¿cómo no admirar y apreciar más al hombre que piensa, siente, actúa y se compromete así? Difícil hablar de esto sin caer o provocar la mitificación que él mismo cuestiona. Basándome en su humildad y sencillez me arriesgo a hablar de ello, para reconocer el valor de la autenticidad y justamente, por ello, ayudar a encontrar al hombre, para no seguir buscando el mito.

Hoy, muchos años después, y habiendo tenido algunos otros encuentros personales con Paulo -pocos en realidad- me emociono al recordar aquello y al leerlo y sentirlo tan igualmente humano, coherente y comprometido, cuando nos convoca a soñar y luchar por la esperanza, que nunca, como tampoco los sueños, se ha muerto.

De eso da cuenta Paulo en su libro, porque es el libro de sus ideas, sueños, búsquedas y siempre coherentes compromisos. Porque es el libro de su esperanza, que tan generosamente nos la ofrece, para que la hagamos también Nuestra.

Notas

1. Leis Raúl, Carlos Núñez. *Más sabe el pueblo... Anécdotas y testimonios de educadores populares*. IMDEC, México, 1990.